

La Socialdemocracia como un Modelo Alternativo en los Tiempos del No Contenido

Lic. Alfredo Burgos Ávila¹

Superados los elementos de difusión de antaño por los grandes mecanismos tecnológicos, que aportan imágenes como depositarias de contenido, los mensajes de las campañas políticas parecen estar llenas de todo excepto de principios, de proyecto.

Si bien es cierto que en los tiempos de Lenin o Marx, el ferrocarril y el panfleto eran las grandes armas de la difusión ideológica, también es cierto que la velocidad con que ahora se difunden los mensajes por televisión o por la Internet parece arrancarles el contenido a los mismos, es decir, poco o nada aparece en estos medios que nos permita comprender la diferencia entre un mensaje y otro, entre una posición ideológica u otra.

Desde la caída del “socialismo realmente existente”, en México pocos, por decir casi nadie, ha intentado difundir ampliamente posiciones ideológicas diversas a las implantadas por la derecha y el neoliberalismo sembrado por los gobiernos emanados de las filas del priísmo y apuntalado por la desaparecida administración del Presidente Vicente Fox Quesada.

Esa tarea se ha reducido a una población selecta, casi exclusiva que opera estrechamente en las instituciones educativas o en las cafeterías de viejitos, que poco impactan a los más cercanos adeptos del X-BOX o de los PC-games. En suma, la difusión ideológica y más aún, el simple hecho de pensar, parecen de uso exclusivo de quienes pueden entender un libro sin dibujos o de un reducido grupo de personas imbuido en el más profundo de los agujeros de biblioteca.

Ocasionalmente, así de negro vemos el panorama quienes creemos que se puede hacer algo diferente o quienes apostamos a la idea de participar en actividades “intelectuales”.

Oportuno resulta entonces la aventura de pretender impulsar ideas que pongan en duda la “estabilidad de nuestro país” y que signifiquen el análisis de lo que somos y hacia donde queremos ir.

Ante la inminente imposición de la idea del “cambio”, por la recientemente terminada administración foxista, que significó entre otras, la pérdida de la laicidad en el gobierno y no la tan prometida transición democrática, se hace manifiesta la necesidad de rescatar discusiones ideológicas que al menos sirvan de contrapeso a lo que hoy representa el nuevo “oficio mexicano”².

¹ Licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública por la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Ganador del Primer Lugar del Concurso sobre Ensayo Juvenil en el estado de Aguascalientes intitulado: “México: Gobierno y Socialdemocracia” otorgado el mes de marzo de 2007 por la Fundación por la Socialdemocracia de las Américas, A. C., en la categoría de *La Socialdemocracia como Modelo Alternativo de Nación*.

² Término originalmente acuñado por el maestro Roger Bartra.

Mantener una posición propositiva ante este escenario resulta tarea difícil, sobre todo porque hoy día, tampoco son “bien vistas” las luchas que dieran origen a las grandes reivindicaciones sociales. Parece que un gran sector de la población ve “mal”, usar los más elementales medios que otorga la libertad de expresión para defender la jornada laboral de ocho horas, el derecho a la seguridad y a la asistencia social, a la vivienda o a la educación o para manifestarse abiertamente en favor o en contra de cualquier otra causa.

Contrario a lo que los tradicionales dirigentes de izquierda hubieran deseado, han sido precisamente los beneficios de las luchas sociales lo que ahora parece impedir su defensa, es decir, la aparente tranquilidad, el incremento en la esperanza de vida, así como la posibilidad de acceso a ciertos beneficios, han hecho que los estratos sociales, principalmente los medios, olviden el origen de esos beneficios y sean hoy sus más acérrimos detractores.

Entonces, ¿cómo incorporar la idea de un proyecto distinto o, al menos alternativo, cuando todo parece uniformado y nada se discute, cuando el contenido es lo que menos importa?

Debemos considerar que el primer paso para transformar el actual escenario es reconocer claramente que no estamos “bien”, que vivimos una suerte de “hipocresía moral” gubernamental, que busca aparentar y hacer creer a todos que nuestra sociedad funciona aunque nadie lo vea. Ese ejercicio sólo lo dan las cifras, que entre otras nos muestran que desde hace 5 años:

- 54 millones de mexicanos (el 54% de la población) sobrevive con menos de cuatro dólares diarios.
- El 54% de los mexicanos son “pobres de patrimonio”. El 32% (32 millones de personas) son “pobres de capacidad”, lo que significa que vive con menos de dos dólares y medio al día. Y el 24% (24 millones) sufre de “pobreza alimentaria”, es decir, tiene menos de dos dólares diarios para gastar.³

Adicionalmente, “un tercio de las familias que viven en la extrema pobreza duermen en una sola habitación, con suelos de tierra, sin agua ni baño. La mayoría de los pobres no tienen empleo y sobreviven de la venta callejera, las limosnas o subsidios, aunque el último estudio del Instituto Mexicano del Seguro Social demostró que un trabajo en el sector formal no saca a nadie de la pobreza. Los datos oficiales contrastan con la información publicada por la revista *Forbes*, según la cual México tiene el mayor número de ricos de América Latina⁴ (incluyendo el más rico desde entonces, Carlos Slim, propietario de Telmex, hoy día el 3º más rico del mundo).

³ Artículo publicado el miércoles, 14 de agosto de 2002, por la cadena BBC en su portal de Internet: http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/latin_america/newsid_2193000/2193299.stm refiriéndose a una nueva metodología en los estudios de la Secretaría de Desarrollo Social de México para medir la pobreza, misma que incluye tres elementos clave: el patrimonio, la capacidad para adquirir servicios básicos y la posibilidad de cubrir necesidades mínimas.

⁴ *Ibid*

Luego de esta publicación, dentro de la vanguardia política, muy atrás quedaron las voces angelicales que ocultaban el intento de evadir la crisis capitalista mediante la “novedosa” fórmula del neoliberalismo. Políticos de altos vuelos se mostraban más como meros titerillos⁵ de intereses nacionales o internacionales destinados a la acumulación de capital, como lo fueron quienes no vacilaron en plantear las privatizaciones de cuanto ente estatal estaba financieramente sano y de “rescatar” cualquier “gran proyecto” declarado en quiebra, supuestamente para mantener el beneficio colectivo.

Así las cosas, la última década se ha caracterizado más por operar el desprendimiento de los órganos del Estado y por conformar una economía tan abierta, que ahora nadie sabe que rumbo lleva. Basta con decir que, lo único que importa al gobierno es el nivel de ganancias monetarias que se pueden obtener para justificar cualquier tipo de operación financiera relacionada con la compra-venta de los servicios públicos, dejando de lado el impacto social que ello puede representar.

Esta disparidad que en otros términos significa que: la “sociedad del bienestar” no ha sido para todos por igual, también ha marcado su paradójico comportamiento en un aletargado ritmo de vida que motiva más a las personas a preocuparse por subsistir dentro de los esquemas establecidos de mercado, que modificarlos o cambiar sus estructuras. Esta aparente “congelación” de las discusiones de hacia donde debemos ir y cómo hacerlo, representan el éxito más significativo en términos ideológicos dentro del neoliberalismo.

En nuestro país, cada vez más lejanas se percibían las voces que hablaron de revolución, así como más desdibujados los intentos por conformar amplios movimientos de masas. Sin embargo, no significa que la posibilidad esté erradicada de nuestras mentes. El más claro y atrevido ejemplo de su vigencia fue el pasado 10 de abril de 2006, donde más de 11 millones de personas (en su mayoría inmigrantes de origen latino) se unieron para marchar en casi todas las ciudades de Estados Unidos en contra de la propuesta legislativa H.R. 4437, que clasificaba a los indocumentados como criminales.

En México, la conformación del Frente Amplio Progresista como frente político derivado de la llamada “Coalición Por el Bien de Todos” integrada por el Partido Convergencia, Partido del Trabajo y Partido de la Revolución Democrática, y posterior a la dudosa derrota de Andrés Manuel López Obrador y de su multitudinaria toma de protesta como “Presidente Legítimo de México” en la “Convención Nacional Democrática”, así como la creación de la red ciudadana de representantes del gobierno legítimo, hace pensar que estamos ante una posibilidad de descongelar las discusiones del rumbo nacional y de volver al buen camino del debate ideológico.

Es aquí donde radica la relevancia de volver a la discusión de los temas y argumentos socialdemócratas, así como, de quiénes y cómo se puede gobernar de diferente forma.

⁵ Entre ellos en México encabezó el llamado “gabinetazo”, quienes en la mayoría de sus declaraciones dejaban ver las “bondades” del neoliberalismo.

Para el común, refiriéndome ampliamente a quienes gozamos de los beneficios sociales prevaecientes en el sector “clasemediero” la posibilidad de una modificación “benéfica” la hemos depositado en lo que hoy consideramos socialmente viable, es decir, a un sistema de partidos que opera medianamente gracias a recurrentes procesos electorales llevado por ciudadanos supuestamente comunes y corrientes.

Para nosotros (haciendo propia la *vox populi*) morir por “algo” o morir por “un ideal”, es cosa del pasado. Los actos heroicos son cosa de antaño, de hombres que sólo están en los monumentos y que pasaron a la historia por cosas que hoy aparentemente están resueltas.

Hablar de las grandes obras de este país más bien corresponde a un lenguaje de los ingenieros que trabajan en las secretarías de obras públicas de las grandes ciudades, o de quienes poseen el capital para instalar empresas de la transformación. Para el vulgo el lenguaje es mediano, corto de miras, en todo caso con intención a sobrevivir entre el estrés del trabajo y los malestares hogareños de las obligaciones que preferentemente debería hacer una empleada de servicio.

El carácter beligerante de quienes nada tienen que perder ante una opción armada o una vía socialmente no aceptada, por ampliar las posibilidades de expresarlo, ha quedado reservado para quienes viven en el horror de la miseria, quienes viven una disyuntiva entre comer o pelear por que las cosas cambien. No con esto se sostiene la idea romántica de que los pobres son en sí mismos la respuesta al dilema, por el contrario. Sólo quienes han tenido un segundo para pensar dos veces lo que pasa, antes de seguir bajo el sol, arando una tierra improductiva, son ellos, quienes entre sombras, perciben que mil veces sería mejor cambiar la miseria que tienen por una oportunidad, cualquiera que esta fuera, por cambiar su status quo. Eso equivale a decir que de la gran mayoría de esos que viven en pobreza, pocos, muy pocos han tomado algo más de conciencia gracias a la misma situación.

Por otra parte, ¿quién sería el artífice de un movimiento popular que violentara a fondo las estructuras sociales y quién lo encabezaría?, si lo primero que decimos es que de todos no se hace uno. Es decir, imaginemos que llegara un momento en que un importante número de personas bien organizadas, con los elementos esenciales de conciencia mínimos y con la disposición, o más que otra cosa, corazón por delante dijera vamos a cambiarlo todo. ¿Qué paladín podría encabezar esa lucha, no sin antes caer rendido por sus propios temores, fomentados por los más simplistas apegos a las vacunas, a la luz eléctrica, al nylon, al café soluble y las sopas instantáneas o al delicado olor de los perfumes?

Estas ironías son el marco de las grandes discusiones, de charlas interminables de quienes hoy tratan de aportar opinión y encuentran un camino lleno de escombros ideológicos. Pero aún con todo y esos escombros, puede llegar a edificarse la más sublime de las obras. Todo depende del artista.

Tal vez el mejor ejemplo de lo que pudiera ser el prototipo del nuevo socialdemócrata es ese, el de un artista. Que mejor antídoto contra la rigidez, la frialdad, la inquebrantabilidad del estereotipo burgués del empresario, impávido, que no da espacio al error; que la impactante, serena y vigorosa imagen del creador consumado.

Qué pluma inerte, qué indicador láser que se han dedicado a señalar como índice de fuego quien se queda o quien se va, qué ser tan cegado por el resplandeciente verde de “don dinero”, no es capaz de sublimizarse ante un sensible y multicolor trazo, o ante la dulce palabra que es capaz de domar a la más fiera de las mujeres o ante la representación que puede transportarle a los mundos y formas más exquisitos, sino es por el trabajo y el talento del artista.

Valdría la pena preguntarse si alguien así tendría una posibilidad de encabezar un gran proyecto. La respuesta es simple si entendemos algunas particularidades. Para algunos autores, “*resulta imposible considerar a la administración como un arte, dado que en ella no caben las vivencias ni las interpretaciones subjetivas de la realidad*”⁶, es decir, que hay quienes piensan en estricto sentido, que la administración de los bienes y servicios que se proveen a las personas (gracias a la administración pública) y que operan otras personas, no están sujetas a las aportaciones individuales o al talento y factores subjetivos que las acompañan.

Esa idea deshumanizada de la administración la han fomentado los gobiernos que pretenden, en aras de la eficiencia, hacer todo un complejo concepto del servicio público, curiosamente alejado de los agentes más evidentes como son el propio factor humano. Estos entendidos alimentan con mucho la “sobre humanidad” de quienes desempeñan un encargo público o algún cargo de elección popular, siendo esa, una de las razones por las que la gente los percibe como una “especie diferente” de personas.

Contrario a esto, hay quienes consideramos que un talento aplicado al servicio público que puede manifestarse mediante la creatividad es, en cierta forma, un empleo artístico (retomando las características humanas) de la administración. En otras palabras, reconocer la subjetividad de la experiencia y ponerla al servicio del pueblo para impulsar los intereses sociales por aquellos que ejercen la función pública. Eso es reconocer un liderazgo.

Consecuentemente, el que puede regir en un grupo de personas mediante su talento, también puede hacer lo mismo frente a problemas concretos. Eso en sí mismo, es lo que hace diferente un gobierno de otro. En suma, las posiciones que una persona tome frente a problemas concretos, relativos a como organizar la sociedad requerirán de un sentido, que no puede ser otro que el que le marca el rumbo de la ideología.

Así, las decisiones basadas en principios socialdemócratas deberían en todo momento ser decisiones a favor de fortalecer el ámbito público (el Estado) que mantenga un nivel ascendente de bienestar y sirva como regulador de los intereses particulares.

No basta con el simple deseo mezquino de aspirar por respirar. Se trata de que quien busque una posición pública debe de asumir en sí mismo el compromiso de encabezar una idea correcta y viable a su realidad, ejercer un proyecto sustentado en esas ideas y sobre todo, concretar las ideas en programas y acciones de gobierno que permitan el desarrollo social.

⁶ Hermida, Serra y Kastika, *Administración y estrategia, Teoría y práctica*, Ediciones Macchi, 1993.

Sigue sin ser suficiente la aspiración de asemejar un incipiente sistema democrático mexicano con una socialdemocracia europea en donde en casi todos los casos, la tolerancia y los espacios públicos se acompañan por una amplia participación y una vigilancia crítica del ejercicio gubernamental.

Es deplorable que la sociedad se olvidara de las diferencias entre unas ideas y otras, entre una dirección de gobierno y otra. Pareciera que los partidos han dado ya su consentimiento para tal aberración y que se limitan a solapar discretamente la situación haciendo oídos sordos a la afirmación de que “todos son iguales”.

La socialdemocracia como proyecto alternativo de Nación no puede ser el interminable cuento de las posiciones irreconciliables entre la derecha y la izquierda. Mucho menos la salida fácil de una sociedad que no es capaz de identificar su contenido. Debiera ser en todo caso, un punto crítico de superación de la diferencia, donde lejos de derrochar propuestas a manera de réferi, esta obligada a entender los conflictos presentes y trazar rutas al futuro inmediato, haciendo valer su diferencia de posturas justamente ambiciosas, hoy inviables, así como de aquellas que sólo han beneficiado a unos para dejar a su miserable suerte a los más.

No podemos esperar paliativos toda la vida, mucho menos una solución milagrosa importada a quienes gracias a su enfrentamiento histórico, han sabido vencer sus diferencias y hoy están unidos. Nuestros ojos debieran de estar puestos en mecanismos que permitan un equilibrado desarrollo de nuestras características y particularidades sociales en un marco de respeto, y no de un sistema supuestamente democrático, que ni siquiera ha intentado abrir alternativas a los pueblos minoritarios para su participación en la vida política de México.

La Nación se reconoce a si misma por su tejido social, no por las partes en que podemos dividirla. Un proyecto socialdemócrata de Nación sólo podrá lograrse cuando entendamos que la sociedad somos todos juntos en carácter simplemente de humanos y que la democracia no es sólo ir a votar por alguien que sale bien en una foto. Socialdemocracia debiera de sostenerse por las dos palabras que la componen y por toda la tradición histórica e ideológica que le dio vida. De otra forma, que caso tendría intentar algo tan sublime.